

Evaristo Febres, arquitecto de su propio destino

Jesús Antuárez
@Epicentro88



“El hombre nunca ha sido tan libre como cuando sueña”.
(Nancy Kleinbaum: La Sociedad de los Poetas Muertos).

Me recibe en su casa redonda ubicada en las afueras de Maturín, una mezcla de pagoda china, maloca brasileña y churuata piaroa, que construyó con sus sueños de Quijote, a sus 60 años, sin planos ni maquetas, al ritmo de su imaginación febril, utilizando madera de por aquí, caña brava de por allá y estantes de más allá. Fue tanto su empeño y determinación que hasta el dedo índice de su mano derecha perdió en la faena. Sus vecinos se habían escandalizado creyendo que se trataba de una gallera.

Es miembro de una familia longeva de origen campesino. Acaba de cumplir 90 años. Tiene todos sus sentidos a plenitud, incluso el sentido del humor, y si no fuera por un marca-

paso, el dedo amputado por una sierra y un bastón de madera artesanal que carga “por si las moscas”, pudiéramos afirmar, sin temor a equivocarnos, que está más fuerte que Rocky 4.

Nació en Los Pozos de Areo, Distrito Cedeño del estado Monagas, el 18 de febrero de 1934. Llegó a Caicara a los 7 años metido en el cestón de un burro de carga mientras el mundo padecía los horrores de la Segunda Guerra Mundial.

Conoce todos los misterios y placeres del monte. Fue un niño enfermizo asediado por las enfermedades endémicas de la época. Pertenece a la generación de carajitos que a falta de cuna usaron un hueco construido en el suelo. Sobrevivió a diversas circunstancias que casi acaban con su vida, entre ellas un balazo en el pecho y una severa infección intestinal que superó gracias a un descubrimiento novedoso y revolucionario recién llegado a Venezuela: la penicilina, sin duda, el logro más importante de la medicina del siglo XX.

Desde joven ha sido un hombre decidido y con espíritu de libertad. Su tránsito por el bachillerato estuvo plagado de expulsiones, de varios liceos caraqueños “por revoltoso”, hasta el punto de que terminó en Cumaná. En 1955 se fue para Río de Janeiro a estudiar arquitectura en la “Universidad Nacional do Brasil”. Una vez graduado, decide embarcarse para Angola a trabajar pero la vida le marcaría otros rumbos en suelo patrio.

Es un excelente contador de historias y anécdotas “arrancadas de la vida misma”. Gallero, cazador y pescador de agua dulce. Involucró a sus tres hijos (Hilda Elena, Francisco y Evaristo José) en su afición por el monte y en el manejo de las armas.

En su casa más de un invitado consumió, creyendo que era lapa, “animales extraños de dudosa procedencia”. Su deseo de cultivar amistades, proteger a su familia y “hacer el bien sin mirar a quien” ha marcado el sentido de su existencia.

Su porte físico de baja estatura no le impidió conquistar a “Hilda Magdalena I”, la despampanante reina de los carnavales de Maturín, representante de la Lotería de Oriente, con quien dentro de poco celebrará 60 años de casado. “Barco grande, ande o no ande” - dice.

Fue secretario de obras públicas en tiempos del gobernador Armando Sánchez Bueno. Primer ingeniero a tiempo completo del Concejo Municipal de Maturín. Presidente del Colegio de Ingenieros, y desde 1963, profesor de la escuela de agronomía y zootecnia de la Universidad de Oriente. Innumerables obras civiles construidas en todo el estado llevan su huella indeleble.

Estos méritos, y su don de gente, le valieron la semana pasada un reconocimiento público por parte de diversos colegios profesionales del estado Monagas (médicos, ingenieros, abogados y docentes entre otros) dedicados, en buena hora, a honrar personalidades, que como él, valen la pena.

La redondez de su casa que me muestra con orgullo y que recorro con placer, rodeada de perros, aves, árboles frutales y un amplio césped, es considerada en muchas culturas como “un símbolo sagrado que representa la unidad, la totalidad y la conexión con lo divino”. Ese mismo concepto de totalidad se puso de manifiesto cuando sus hijos, por suerte para él, “invadieron” cerca, en la misma parcela, para construir sus propias viviendas. “La familia para mí lo es todo- dice con los ojos aguados - siempre deseé vivir de esta manera, como una macolla”.

Al ver este hombre pleno, sencillo y humilde en el sentido correcto de la expresión, contándome a grandes zancadas pasajes de su vida, mientras mi hija graba y los perros averiguan qué es lo que pasa, no puedo evitar pensar en la famosa canción de Ismael Rivera con sabor a salsa vieja:

“Yo dueño en mi jaragual me siento / cantándole mi canción al viento / un cacique patriarcal viendo mi perro guardar/ mi tesoro y mi mujer ¡qué inmenso!”... si esto no es felicidad, se parece bastante.

“De volver a nacer, a mi vida no le cambiaría nada” – dice.

Me despido del Quijote caicareño y de su casa redonda que ya comparo con un molino de viento. Los perros siguen ladrando, señal de que avanzamos.